

JUEVES 4 DE ABRIL DE 1901

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península una peseta al mes. En el extranjero, 7/50 pesetas trimestre. Coma nicotina a precios convencionales. Redacción y talleres: S. Lorenzo.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea. En segunda y tercera. 00'10 pesetas línea. En primera. 00'20 pesetas línea. Administración: Severo Fajardo, 15.

LA CRUZ

La Cruz, siendo la más alta, la más viva manifestación del amor de Dios para nosotros, la más sublime enseñanza de la caridad que resume todo el cristianismo de esa caridad que es la plenitud de la ley y vínculo de la perfección, es también la lección más elocuente del amor que reina entre los hombres, porque la Cruz ha rescatado a todos en el mismo precio y por el mismo sacrificio y a todos ha elevado a la dignidad de hijos amados del Padre, de hermanos y coherederos de Cristo.

Por eso el misionero coloca la Cruz sobre su corazón para sostener su valor y marchar a plantarla en las regiones bárbaras, a las que desea llevar la luz del Evangelio y la ley de la caridad. Los servidores de los pobres y de todos los infortunios, encuentran en la Cruz la inspiración de su sublime sacrificio, y cuando la naturaleza humana está a punto de desfallecer, cuando las repugnancias llegan del cuerpo, las miserias y las bajezas del alma, llenan el corazón de disgusto, besan con indecible amor la Cruz, que es su fuerza, su alegría y su esperanza.

Jesucristo no ha muerto solamente por una nación, por una casta, por los ricos y por los poderosos, él se ha dado por redimir a todos. El Dios del pesebre y del establo, el Dios del humilde taller de Nazaret, el Dios que ni una piedra tenía para reposar su cabeza, el Dios del Calvario y de la Cruz, es el Dios de los pequeños, de los pobres, de todos los vencidos, de todos los menospreciados, de todos los desamparados de la tierra, de manera que no hay gentil, ni judío, ni bárbaro, ni esclavo, ni hombre libre, porque Jesucristo está en todos los hombres que no son sino una sola cosa en Jesucristo.

El misterio del dolor es el gran misterio de toda la vida humana y la Cruz es la divina explicación de este misterio; ella nos enseña la belleza, el poder y la gloria del sufrimiento y de las lágrimas, porque el divino Crucificado dice a todos los que pesan derramando lágrimas sobre los tristes senderos de esta desventurada tierra: «Oh vosotros que camináis, detened vuestra marcha y ved si hay dolor semejante al mío!»

El dolor unido a la Cruz es la transfiguración sobrenatural y la belleza divina de las almas, es el poder soberano que espía, que redime y salva. Todo lo vil y abyecto procede del egoísmo y del placer, todo lo noble, todo lo grande, todo lo bello, todo lo heroico tienen su origen en el sacrificio al pie de la Cruz y en la sangre de Jesucristo. Ninguno es llamado a servir a la verdad despreciada, a la justicia ultrajada, a las santas causas abandonadas, si no acepta el cáliz de Getsemani, si no bebe la hiel y vinagre, si no lleva en su frente la corona de espinas, y si no abraza con amor la Cruz sobre la cual es preciso sufrir, obedecer y morir.

Apóstoles del progreso y de la grandeza humana, ¿por qué hubis esta enseñanza de la abnegación, del sacrificio y del heroísmo? ¿por qué rechazáis estas divinas revelaciones, que espagnan, que consuelan, el dolor y que lo convierten en felicidad? Apóstoles del tipo pensante, ¿prendéis a los amigos del trabajador y del pobre, filósofos, sabios, políticos, ¿qué habéis dado a los que sufren y lloran, en lugar del amor y de las promesas divinas? ¿Qué pensáis en sus manos fatigadas y sobre sus labios desolados por la privación y el sufrimiento, después que los arrebatáis la Cruz de Jesucristo?

No toquéis a este tesoro del pobre, a este consuelo de los corazones atormentados, a este libro del pueblo. Dejad que la Cruz extienda sus brazos en el hogar entristecido, en la fría y desolada habitación; dejad la Cruz en la morada del obrero que gana con el sudor de su frente el pan de sus hijos; ella le hablará de resignación, de méritos divinos, de alegrías eternas; dejad la Cruz a la esposa

desolada que solo a Dios puede decir las torturas secretas de su corazón y el desengaño de su vida; dejad la Cruz a la madre que llora sobre un féretro, dejada con la Cruz, el Dios que devolvió a la viuda de Naim el hijo que había perdido; el Dios que vio a su madre sumergida en la inmensidad del dolor, al pie de la ensangrentada Cruz, dejó a todos los desgraciados, a las víctimas de la traición a todos los abandonados la Cruz del Dios que quiso conocer la ingratitude, el dolor, el ultraje y el abandono.

Porque la Cruz, en este mundo de miserias y crímenes, es un símbolo de gloria y de virtud; en este mundo, donde la fuerza se entronizó con la esclavitud, es el símbolo de eterna justicia y de santa libertad; en este mundo de perpetuo dolor, en un símbolo de consuelo. El Hijo del hombre ha legado al instrumento de su sufrimiento a la humanidad y durante veinte siglos la humanidad se prosterna delante de este sagrado legado. Hasta el momento los reyes y los reyes tenían insignias y banderas, pero después que un estandarte sagrado fue conecido a los pobres, a todo el género humano, los reyes y los reyes se apresuraron a adorarle, abandonando aquellos. La Cruz ha presidido todos los destellos del mundo moderno, se ha asociado a todas sus adversidades y a todas sus glorias, ha consagrado las pompas más ilustres de la civilización como las emociones más íntimas de la piedad, ha santificado los palacios de los emperadores y la humilde casa del campesino. Después de haber servido de adorno a nuestras vitrinas y de condorazón a nuestros guarderros, recibe nuestros últimos suspiros y abre nuestros féretros. Transmitido por un Dios moribundo a su iglesia, pasa de mano en mano hasta el vicario de hoy, para extenderse con innumerables bendiciones sobre el mundo entero. Desde lo alto de la Cruz recibe la tierra las primeras lecciones de la única libertad verdadera y de la única igualdad posible. La Cruz es el compendio de nuestra historia, el código de nuestros deberes, la garantía de nuestros derechos, el tipo de nuestra civilización, la señal de nuestra libertad, el sello de nuestro porvenir.

La Cruz, después de haber sostenido el valor de los primeros cristianos en las sombras de las catacumbas, ó inspirado el heroísmo de los mártires, después de haber conducido a la fé a Constantino, plantó los feroces corazones de los bárbaros, inclina hacia la piedad y la justicia, la frente de esas razas indomitas, y sobre las ruinas amontonadas por el torrente devastador, queda en pie la Cruz como presagio y principio de una nueva sociedad.

Cuando el polvo que se lavaba bajo los pies de ejércitos tan numerosos, y que salía de las ruinas de tantos monumentos, hubo desaparecido, cuando los torbellinos de humo que se escapaban de tantas ciudades inundadas se disiparon, cuando el ruido de la caída del coloso romano hubo cesado, sobresalía una Cruz y al pie de esta Cruz un mundo nuevo.

La Cruz es la bandera de nuestras escuelas donde protegida la inocencia de los niños a quienes en el lenguaje tierno y más accesible a su debilidad, les revela el freno de la obediencia, la grandeza sobrenatural de la pobreza, la igualdad de todos, en el amor que ha salvado al mundo, y la soberana eficacia del dolor generosamente aceptado.

La Cruz es la bandera de los castos y de los hospitalarios, donde habla a las enfermas y moribundas, de supremo consuelo y de esperanzas celestiales; es la bandera de nuestros cementerios, de esos campos desolados de la muerte donde mostrándose a los ojos arrasados en lágrimas, y a los corazones desgarrados por dolorosas separaciones, les habla de gloria, resurrección de paz, de visiones y eternas uniones.

Yo os saludo: «Oh Cruz de mi salvador y de mi Dios: Os saludo en las sombras de las figuras, en los noetos inspirados de los profetas, en la luz de vuestras enseñanzas, en la gloria de nuestros triunfos, en el esplendor de vuestra eternidad.

En este tiempo de prueba y de extremo, en esta vida triste y sombría, en estos caminos que atravesamos gimiendo y llorando, en este desierto que conduce a la verdadera patria, en este tiempo de la pasión dolorosa de vuestra Iglesia a estas horas en que los peligros se multiplican, y tantas almas se extravían hundiéndose en los abismos de la culpa, a estas horas en que la flaqueza se turba ó la fé vacila ante la prosperidad del imperio, oh Cruz del salvador, oh Cruz que habéis venido al mundo, sostened nuestro valor, habed que permanezcamos de pie sobre el Calvario desolado, y que en medio de las tinieblas de la pasión, esperemos el triunfo y las alegrías de la resurrección.

Cuando las tumbas se abran, y el polvo de esta tierra que no es otra cosa sino la ceniza de los muertos, vuelva a la vida por la voz de Dios y aparezca la Cruz en todo su poder y gloria, no sólo como signo de misericordia y de amor, sino también como signo de inexorable justicia y de eterna venganza, y los justos la saluden con cánticos de esperanza y los reprobos la contemplan con indecible terror; por ser el libro de las terribles condenaciones, en ese día de la época de tribulación y de angustia; en ese día de calamidad y miseria, en ese día de tinieblas y de noche; de nubes sombrías y de furiosas tempestades; en ese día en que la indignación y la justicia divina se encenderán al recuerdo de la misericordia ultrajada, de la redención despreciada y de la Cruz rechazada y maldiciada, tened en cuenta, Señor, estas palabras del profeta: «Cuando los hombres exalten vuestra indignación acordados de vuestra misericordia».

Remigio Sanz, guio.

CUADRO

Tres hombres aspirantes allá arriba, presa uno de ellos de mortal congoja; al pie del monte un pueblo a quien sorroja la sangre del que muere porque el viva.

A lo lejos la mar que ruje altiva; detrás la luz del sol cansada y roja; entre el cielo y el mar alas que moja la golondrina humilde y fugitiva. En fondo azul, tres cruces; un lamento que un pueblo de feida airado lanz; algo que mueve al mundo en su cimiento; y bajo aquella enhiesta de bonanza y bajo aquel obscuro firmamento, una mujer llorando: «La esperanza!».

A. Yanguas Alcayde.

Nuestro crucificado

Serpentes germinan vipers, raru, cuando fugietis a juicio gehenne. San Mat. cap. 23, ver. 33.

Allí, en el fondo del rugiente taller, junto a la incansable máquina que le azota el rostro con bocanadas de fuego, abrumado por el peso de irredentora cruz, la cruz del trabajo, vivís el mártir.

Saba que Dios dijo al hombre; ganarás el pan con el sudor de tu frente, y no lo escatima. Saba que otros hombres se enriquecen sin trabajo, con los arroyos de sudor que resbalan por su cuerpo y permanecen junto al horno de fundición, que le caldea las entrañas, le asorda con su poderoso zumbido, y le come poco a poco la existencia; abrasándolo los pulmones con su atmósfera de fuego.

Y allí, clavado en la cruz del trabajo, con la resignación del mártir, espera, espera que germine la semilla arrojada al surco por el sembrador divino, y que la codicia insaciable de los hombres le pisotea, impidiendo que dé frutos de caridad y justicia; sherrojando al débil con los odiosos lazos de la fuerza; flagelándolo con el menosprecio injusto; ocultando a sus ojos la luz que marca el camino de redención y sustituyendo la hermosa doctrina de amor, predicada en el Gélogota, por doctrinas de egoísmo que distancian al hombre del hombre, alejan al hermano del hermano, y multiplican la raza de los Cainos, dividiendo

a la humanidad en vencedores y vencidos.

Escucha a los hombres que ensalzan la hermosura; los sublimes efectos, la necesidad del trabajo y desprecian las virtudes del trabajador, y no obstante, lucha y perdona al poderoso que le tiene por máquina incansable, que le pide esfuerzo tras esfuerzo, para arrojarle a la miseria el día en que los músculos extenuados piden reposo al llegar el invierno de la vida, que cubre de nieve la cabeza, helando el corazón; el día en que el cuerpo desobedece el mandato de la voluntad, el imperioso gauda que murmura, espoleado por las necesidades del organismo.

Espera en la justicia humana y vé como la justicia favorece al poderoso interpretando las leyes a capricho, favoreciendo en multitud de ocasiones la sin razón apoyada en los caudales; y agitando en la espesa red que han forjado los hombres para castigar al delincuente, sin ocuparse en favorecer al bueno, calla y no protesta de las injustas leyes que le aprisionan, y a ratos crea en la justicia humana.

Mira como los tachan de malos quienes se apropian el epíteto de buenos para diciar justicia en nombre de la sociedad y sufre resignado los calificativos infamantes que le aplican los que se atreven a arrojar la primera piedra; habla de la caridad y mira como aquellos que debían practicarla oscuramente, silenciosamente, alardean ante el mundo de caritativos, organizando fiestas en nombre de la caridad y comprando en nombre de ella el derecho a selazarse unos inatantes.

Y si embargo, no protesta, y allí, en el fondo del rugiente taller, junto a la incansable máquina que le azota el rostro con bocanadas de fuego, llorando silenciosamente su abrumadora cruz, vive el mártir y espera, espera siempre.

Augusto Vivero.

Ejemplo que imitar

Sobre la cima de ese monte cuyo nombre no puede menos de pronunciarse con profundo respeto; sobre la cima del monte Calvario, tuvo lugar, hace veín e siglos el acto más estupendo y extraordinario que en el dilatado libro de las edades puede encontrarse.

Entre una oscuridad verdaderamente aterradora, centéplase una mujer en cuyo rostro aparece dibujada la silueta del dolor; sostiene entre sus brazos un cuerpo ensangrentado há poco desprendido del afrentoso patíbulo de la cruz. Es el cuerpo de un Dios infinito que llevado de un espíritu de caridad, así, casi incomprensible, superior a la razón humana, no ha tenido inconveniente alguno en ser la víctima del linaje humano; es el cuerpo de Jesucristo en brazos de esa Eva reparadora mujer bendita entre todas las mujeres. La Iglesia católica nos presenta todos los años en esta época ese sublime cuadro en el que todo es amor; por una parte el del Señor a la Humanidad, por otra el de María al Señor: todo, todo amor, pero amor que redime, amor que purifica; amor que por sí solo es suficiente con su potente llama, para prender fuego en la tierra, para unir cual mágico alambre los corazones de todos los hombres, para ser fuerza niveladora de todas las clases sociales, principio fecundo que rodee la vida de un bálsamo en extremo consolador y embellezca a la vez la humana naturaleza.

Y no obstante llevar veinte siglos participando de ese suavísimo fruto, nacido de la inmolación del Hombre-Dios, y que la religión se encarga de transmitirnos, la sociedad se agita turbulentamente, presa de un malestar y un desasosiego grande y continuo; sus individuos olvidando por completo aquella grandiosa esencia, luchan en la oscuridad de la duda filosófica que invade las conciencias ó del materialismo más repugnante y gresero de las pasiones,

buscando así lo que ellos llaman fuerza regeneradora del orden social.

No borreis de la imaginación aquel cuadro y comparad sus figuras con las nuestras, sus actos con los que vosotros realizáis, su proceder con con vosotros y el de vosotros para con ellas ó indudablemente quedaréis inmóviles, asombrados sin duda alguna, sintiendo ese escalofrío que el terror produce.

Allí, todo amor, aquí egoísmo puro; un Dios que se humilla hasta ser hombre y un hombre que se ensalza hasta querer ser Dios; humildad en el poderoso y soberbia en el pequeño; por un lado caridad sin límites, y por otro, odio al prójimo.

¡Ojalá la piadosa contemplación de aquel cuadro haga, que no pocas inteligencias hoy distancinadas de Jesucristo busquen en El un ejemplo que imitar y en sus actos y obras se informen para los suyos propios!

José Alvarez Arranz.

CRISTO, SEÑOR DEL UNIVERSO

¡No muere Dios, ni su palabra pasa! Lo que su mano en el misterio escribe Es fuego ardiente que a la tierra abrasa. S. Juzga al tiempo y on lo eterne vive.

Habló Daniel: la humilde piedrecilla Que desgajó la tempestad del monte. Hirió de la Visión los pies de arcilla, Y cubrió cuanto abarca el horizonte.

De honor al vicio, a la virtud de insulto. Rindió tributo la nación pagana: Fué el Credo del altar del nuevo culto. La redención de la conciencia humana.

En la playa salvaje y solitaria. Haces beo el mar que entre las rocas gime. Del profeta de Patmos la pleragía, Y al punto nace otra visión sublime.

Se oyen sonar los cánticos triunfales, Y a hacer corse, contemplando al cielo. El alma de los siglos inmortales. La sed inquieta de su inmenso anhelo.

El Juez Supremo sobre nubes de oro. Como ascendió, desoiende; lo circunda. De harpas aladas el rumor sonoro. Y tímbo augusto en resplandorlo inunda.

¡Se acerca el fin! En diosa agradecida. La humanidad sus lágrimas convierte. Y se levanta el templo de la vida. Sobre la obscura noche de la muerte.

Se apaga de los gritos de la guerra. El ágrío son que mueve a la venganza. Y un voto de expansión surge en la tierra. De fé, de caridad y de esperanza.

Las turbias ondas que el infierno azota. Mueren en la impotencia de su saña. Y el Iris puro en los espacios brota. Y en dulce paz al firmamento baña.

Cambia en reja de arado al corvo acero. De los pasados odios el olvido. Paeen juntos el lobo y el cordero. Y abre sus puertas el Edén perdido...

¡Sus puertas!... que cerró con trillanito. Una mujer culpable y desgraciada... Las vuelve a abrir en holocausto santo. De otra mujer la sangre inmaculada.

Sus profundos arcanos el misterio. Rompe en los brazos de radiante gloria. Y de Sion al poderoso imperio. Cíase el laurel de universa victoria.

Un solo dogma en los altares brilla. Y en su unidad la adoración del hombre. Ante la cruz dobléga la rodilla. Sin sospección de raza ni de nombre.

Con el presente porvenir se muda. Y así la ley de la expansión termina. Después de siglos de contienda ruda. Entra el pecado y la piedad divina.

¡Arriba! ¡generosos corazones!... Meditad con amor lo que está escrito: ¡Criso en la tierra es Rey de las naciones! ¡Criso en el cielo es Rey de lo infinito!

Carlos Walker.